

Beate Rygiert

GEORGE
SAND

y el lenguaje del amor

La escritora que desafió las convenciones
y enamoró a Frédéric Chopin

Traducción:

MARÍA DOLORES ÁBALOS VÁZQUEZ



MAEVA

*Es verdadero amor cuando el corazón, la razón
y el cuerpo están en perfecta armonía entre sí.
Eso solo ocurre una vez de cada mil casos.*

GEORGE SAND

PRIMERA PARTE

«Aurore Dudevant ha muerto.
Viva George Sand.»

1831-1833

1

París, primavera de 1831

AURORE SE MIRÓ con ojo crítico en el espejo. El esfuerzo había valido la pena. Los pantalones de hombre y el chaleco de tejido de lana le sentaban a la perfección. Comprobó satisfecha que el pecho apenas se le marcaba. De uno de los botones superiores del chaleco aún colgaba un hilo que rápidamente arrancó de un mordisco, como aquella vez en la escuela del convento, cuando la hermana Madeleine no la miraba. ¿Qué diría la monja si pudiera ver ahora a su antigua alumna?

La joven rio para sus adentros. Luego se metió la negra melena bajo el *faluche* que solían llevar los estudiantes franceses. La boina de terciopelo era un regalo de Jules y, según ella, uno de los más bonitos que le habían hecho nunca.

La imagen que vio ahora reflejada en el espejo, completamente transformada, le sonrió con un aire de conspiración. ¿Era en verdad ella, la baronesa Aurore Dudevant, de veintiséis años, madre de un chico de siete y de una niña de dos, que vivía separada de ellos y de su marido, Casimir, que en ese momento probablemente estuviera cortejando a una de las criadas en la finca que poseían en la provincia? ¿Aurore Dudevant, llena de sueños e ideales, que pese a —o tal vez precisamente por— las muchas desilusiones que había vivido, seguía creyendo en el gran amor?

Nunca se había considerado guapa a pesar de su preciosa melena negra y rizada y de sus grandes ojos oscuros de mirada intensa, pese a su tez inmaculada y las cejas bien arqueadas. De su nariz larga y estrecha, en el mejor de los casos se podría decir que le daba mucho carácter. Y aunque tenía los labios bien torneados, la boca

en comparación con el resto de la cara era sencillamente demasiado pequeña.

No, hasta entonces nadie la había calificado de guapa. Eso ahora le venía bien porque, en efecto, con esa ropa, parecía un hombre. O más bien un estudiante muy joven. Ya solo le faltaban las botas de cuero. Qué alivio, cómo se alegraba de poder conquistar París con ellas, porque sus delicadas bailarinas, una imposición de la moda a las mujeres, en pocas semanas se le habían roto y ensuciado en el asfalto parisino. Recorrió la habitación a grandes zancadas: qué sensación de libertad.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Aurore y se metió rápidamente un rizo rebelde debajo de la boina. Luego se volvió preguntándose qué querría madame Bonnet, la portera, con la que había trabado amistad y que los ayudaba a ella y a Jules con las tareas de su modesta casa.

—*Bonjour*, mad... —empezó la mujer, pero se interrumpió en mitad de la frase y miró sorprendida a Aurore—. Monsieur —dijo extrañada y frunció el ceño—. ¡No lo he visto llegar a la casa! ¿Está madame Dudevant? ¿Cómo es que no está aquí?

—Pero madame Bonnet —contestó Aurore riéndose—. ¿De verdad que no me reconoce?

—*Mon Dieu* —se le escapó a la mujer. Miró a Aurore de pies a cabeza—. ¿No pensará salir así a la calle?

Aurore no pudo contener una risita.

—Será nuestro secreto, ¿eh? —Cogió de la percha la chaqueta que se había hecho de la misma tela que el pantalón y el chaleco—. No se lo contará a nadie, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! —respondió madame Bonnet—. Soy una tumba. ¡Pero pueden meterla en la cárcel!

Aurore esbozó una sonrisa más amplia, y sus ojos negros lanzaron un destello.

—A lo mejor sí —dijo, se echó por encima el redingote, un capote de hombre que le llegaba hasta las rodillas, y cogió del gancho la bufanda de lana gris de Jules—. Pero a lo mejor no.

En la escalera se enrolló la bufanda al cuello con tres vueltas. Tenía el olor familiar a tabaco y a madera de sándalo. ¿La reconocerían

los vecinos si se cruzaba con alguno? Su buhardilla se hallaba bajo el tejado. Tarde o temprano se encontraría forzosamente con alguno. Y lo que había dicho madame Bonnet era cierto. Desde 1799 existía una ley que prohibía bajo pena de cárcel que las mujeres llevaran ropa de hombre.

Acababa de llegar al cuarto piso cuando oyó el acostumbrado portazo con el que se cerraba la puerta de la entrada; luego, unos pasos decididos que se acercaban desde abajo. A Aurore se le aceleró el corazón. Se asomó por la barandilla de la escalera y reconoció el sombrero de copa de monsieur Raymond, que vivía con su mujer y su hija justo al lado. El hombre trabajaba en el ayuntamiento; no hacía mucho que habían estado hablando de los acontecimientos políticos más recientes. Ella notó que el calor le subía a la cara y enterró la barbilla en la bufanda de Jules. Enseguida resistió el impulso de huir a su mansarda y se obligó a seguir andando como si nada. Se encontraron en medio de la escalera. El vecino de Aurore la miró fijamente a la cara mientras ella se apartaba con un ademán cortés y murmuraba un «*Bonjour, monsieur*». Monsieur Raymond la miró de nuevo, luego saludó con la cabeza y continuó su camino. El corazón de Aurore dio un brinco de alivio. Abajo, en la rue de Seine, respiró profundamente. Si su vecino no la había reconocido, entonces no tenía por qué preocuparse.

Cuando llegó al río ya estaba anocheciendo. En el Palais du Louvre, al otro lado del Sena, se hallaban iluminadas dos hileras de ventanas; la dorada luz de las velas de numerosas arañas de cristal se reflejaba en el agua del río y le iluminaba el camino para cruzar el Pont des Arts. Era una noche fresca de primavera; había llovido durante todo el día y las casas que podían permitírselo seguían teniendo la lumbre encendida. El humo de las numerosas chimeneas impregnaba el aire y hacía que a Aurore le lloraran los ojos. No obstante, rebosaba de una impetuosa alegría. Los tacones guarnecidos de metal de sus botas de caballero atronaban por el asfalto. Nadie la miraba, era libre; si quería, esa noche podía recorrer cada esquina de París sin temor a estropearse su caro vestuario.

—En París, una dama necesita 25 000 francos al año solo para ropa, calzado y carruajes —se había lamentado Zoe, su amiga de la

escuela conventual, después de casarse. Justo la cantidad que percibía Aurore después de separarse de su marido no solo para ropa, sino también para el alquiler, la manutención y todo lo demás. Por eso se había hecho ropa masculina confeccionada por ella misma.

Pero su situación económica no había sido la única razón para vestirse de hombre. Quería poder hacer lo que hacían sus amigos varones. Salir de noche a la calle sin que la molestaran. Tener libertad de movimiento, pues al fin y al cabo se había criado en el campo y de niña había correteado por las huertas con los hijos de los campesinos. Quería frecuentar los clubs que solo estaban reservados para los hombres. Y, sobre todo, quería tener la posibilidad de ver las obras más recientes en las localidades baratas de pie, reservadas para los estudiantes universitarios, de los teatros parisinos. Y como a las mujeres les estaba prohibido el acceso a la universidad, pues no le había quedado más remedio que disfrazarse de hombre...

CUANDO ABRIÓ LA puerta del Café de París, en la esquina del boulevard des Italiens y la rue Taitbout, le llegó una algarabía de voces y risas que competían entre sí. Los húmedos abrigos de lana desprendían vaho a causa del calor y sus vapores se mezclaban con la densa humareda del tabaco. Los espejos de las paredes reflejaban la luz de las lámparas de queroseno, y los vestidos de color pastel de las damas, con sus encajes y volantes, contrastaban con los trajes oscuros de los caballeros. Como la ópera solo estaba a unos pasos de allí, y el barrio de Montmartre, con sus numerosas *varietés*, tampoco quedaba lejos, en el café se reunía el denominado *demi monde* con lo mejor de la sociedad: los artistas con sus modelos, los cantantes con los compositores, las bailarinas de *ballet* y las de revista con sus ricos admiradores. Pero allí se congregaban sobre todo los escritores y los que aspiraban a serlo, como era su propio caso y el de Jules Sandeau, su amigo Émile Regnault, Gustave Pappet, Alphonse Fleury, Félix Pyat y el resto de su grupo de la provincia meridional de Berry, que distaba tres días de viaje. Aurore intentaba ahora reconocerlos entre los vapores azulados. Por fin encontró a los estudiantes universitarios en

uno de los rincones del fondo, apiñados en torno a una mesa y con las cabezas juntas. Al principio ninguno de esos jóvenes, de los que era amiga desde la infancia, se percató de su presencia por lo concentrados que estaban en una discusión. Aurore tenía demasiado calor con el abrigo y la gorra, a la que no estaba acostumbrada.

—¿Qué pasa? —preguntó y se sentó junto a Jules en el banco tapizado de terciopelo rojo—. ¿Vamos al teatro? Quiero ver la nueva obra de Alejandro Dumas desde la platea de los estudiantes.

Jules Sandeau, ocho años más joven que ella y estudiante de Derecho, alzó la vista irritado, luego estalló en una sonora carcajada, la rodeó con el brazo y la atrajo cariñosamente hacia él.

—Miradla —dijo, y dio tal manotazo en la mesa que todos los vasos tintinearón—. No os perdáis esto —gritó más alto al ver que los otros no le hacían caso—. ¡Quiero presentaros a nuestro nuevo amigo! ¿Cómo te llamas, muchacho? —bromeó, volviéndose hacia Aurore.

—Deja de decir disparates —respondió ella sonriente, se quitó la boina y se atusó la melena. De repente se hizo un silencio sepulcral en la mesa—. Cierra el pico, Émile —dijo con una sonrisa bondadosa—. Y tú, Gustave, ten cuidado, no se te vayan a salir los ojos de las órbitas. Bueno, ¿qué os parezco?

—¡Cielos! —logró al fin decir Félix—. Maldita sea, pareces un chaval de dieciséis años. Pero deberías cortarte el pelo. La gente está mirando.

—Ni hablar —le llevó la contraria Jules, pasando la mano con suavidad por los negros rizados de Aurore—. Solo por encima de mi cadáver. En fin, si quieres pasar por un auténtico estudiante universitario, querida mía, tendrás que volverte petulante. Ya sabes a lo que me refiero.

—Está bien —contestó ella, metiéndose otra vez el pelo debajo de la boina—. ¿Podemos irnos ya? La función empieza dentro de media hora.

—¿SOBRE QUÉ DISCUTÍAIS de manera tan acalorada? —preguntó Aurore en el bulevar, agarrándose del brazo de Jules. Para entonces

ya estaban encendidas las farolas de gas, que iluminaban débilmente la calle abarrotada de gente.

—Sobre *Le Figaro* —respondió él.

—¿Te refieres a ese horrible periódico?

—Es un periódico satírico y tiene bastante éxito. —Aurore estuvo a punto de chocar con un señor mayor. Tenía que acostumbrarse todavía a que no le cedieran el paso como a una dama—. El director es el periodista Henri de Latouche —la informó Jules—. También procede de Berry. Alphonse, que ya ha ido a verlo, dice que está buscando gente. Podríamos intentarlo, ¿no te parece?

Esquivaron a un borracho que se tambaleaba de acá para allá mientras farfullaba algo sobre el Día del Juicio Final.

—No lo sé —dijo por fin Aurore—. Yo no tengo talento satírico. Ya sabes que carezco de humor.

Jules se echó a reír.

—Si tú quieres, Aurore, puedes con todo. Sabes pintar de maravilla, confeccionas trajes de caballero, montas a caballo mejor que muchos hombres, tienes un gusto exquisito; por algo me has elegido a mí. En fin, que también puedes escribir para De Latouche. Y si no sabes, siempre podrás aprender. —La miró de reojo, y cuando vio que adelantaba el labio inferior en un gesto pensativo, como hacía siempre que le entraban las dudas o no le gustaba algo, añadió—: No seríamos los primeros escritores que alcanzan el éxito gracias al periodismo.

—¿Paga bien? —preguntó Aurore. Ante ellos se hallaba, muy iluminado, el Théâtre de la Porte-Saint-Martin. Los mendigos probaban suerte con los coches de punto, de los que se apeaban señores muy elegantes. A los estudiantes ni siquiera se dignaban a mirarlos; sabían que estaban sin blanca.

—Bueno, tanto como bien... —respondió vagamente Sandeau—. Hoy en día tenemos que conformarnos con tener esa oportunidad.

—¿Tú vas a ir?

—Por supuesto que sí —contestó, la cogió de la mano y tiró de ella escaleras arriba, hacia la entrada—. Ven, amiguito estudiante. Hoy te invito a celebrar el día. Pero no se te ocurra pelearte con los claqueros.

—¿Con quién?

—Con los de la clac —le explicó amablemente Gustave, que estaba justo delante de ellos en la cola de la taquilla—. Son inflexibles si opinan que aplaudes a quien no hay que aplaudir.

AUORE YA HABÍA visitado antes con frecuencia el Théâtre de la Porte-Saint-Martin y había tenido que sacar entradas caras para una de las butaquitas de los palcos. Ahora, en las localidades baratas que permitían estar de pie en la platea, se sentía como en un universo paralelo. Entre los estudiantes universitarios reinaban las peleas, hasta entonces completamente desconocidas para ella, por conseguir la mejor vista del escenario, y más de una vez notó que le daban codazos entre las costillas. Cuando menos se lo esperaba, un tipo larguirucho le escupió tabaco de mascar en sus botas nuevas y soltó una risotada al ver la cara de indignación de Aurore. Jules siguió tirando de ella y abriéndose camino a través de la muchedumbre. Como Aurore no era demasiado alta, mucho se temía que de la representación solo iba a ver la espalda de las raídas chaquetas de los estudiantes, pero Émile y Gustave les habían guardado sitio en la primera fila.

—Es que si no el pequeño no ve nada —se defendía Jules de las protestas de los que estaban justo detrás de ellos—. Es la primera vez que viene. Dadle ese gusto.

Hubo más réplicas y empujones, pero cuando se levantó el telón, Aurore se olvidó de cuanto la rodeaba.

Y es que en el escenario se estaba representando un drama amoroso que, para su consternación, le recordaba cada vez más a su propia situación. No sabía qué la conmovía más: la pasión de Antony, que no estaba dispuesto a renunciar al amor de su vida por sus orígenes, o el desgarró interior que padecía Adèle, atrapada como ella en un matrimonio frío y desdichado. Los sentimientos chocaban contra las barreras de unos convencionalismos vacíos de sentido; el final trágico era inevitable. Cuando Antony, por salvar el honor de su amada, la mata por deseo de ella y arroja a los pies del marido de Adèle el puñal ensangrentado diciendo: «Elle me résistait, je l'ai assassinée!», no fue solo Aurore la que tuvo que enjugarse las lágrimas de la cara. «¡Ella me ha rechazado! ¡Yo la he

matado!», se citaría luego durante semanas en todos los círculos sociales, conmovidos por aquel drama. Y mientras a su alrededor el público del estreno estaba alborotado por el entusiasmo, Aurore fue dolorosamente consciente de que eso era justo lo que a ella aún le faltaba, pese al alegre y tierno afecto de Jules, pese a las pocas y breves aventuras amorosas que al fin se había permitido después de años de sufrimiento junto a Casimir: el gran amor apasionado por el que merecía la pena vivir, e incluso morir, todavía no lo había experimentado.

Los aplausos duraron una eternidad. Doce veces tuvieron que salir los actores a escena, y Aurore no acababa de decidirse sobre cuál de los dos protagonistas era de su preferencia: si Marie Dorval como Adèle o el fascinante actor cuyo nombre artístico era Bocage, que había interpretado a Antony con un ímpetu tan increíble. Cuando por fin apareció en el escenario Alejandro Dumas con el pelo rojo alborotado, los estudiantes se pusieron a dar tales patadas en el suelo de madera con las botas que tembló todo el teatro.

—Yo creo que Bocage ha sobreactuado un poco —opinó Gustave cuando por fin enfilaron la salida.

—Sin duda ha sido todo un éxito para Dumas —intervino Alphonse—. Hace falta ser valiente para escribir una obra de teatro en prosa.

—A lo mejor es que no le salía la rima —bromeó Gustave, pero Félix le dio una amistosa palmada en el hombro y dijo:

—Aquí los versos no vienen a cuento, señor estudiante de Medicina. ¿Acaso tú hablas en verso cuando satisfaces sexualmente a tu pequeña Manon?

Aurore seguía tan aturdida por la fuerza de las palabras y por el ímpetu de la pasión, que guardaba silencio. Ojalá pudiera escribir algún día como Dumas, pensaba. Expresar lo que ardía en su alma. Convertir la insoportable y anquilosada doble moral de la sociedad en un drama amoroso y emocionar a la gente tanto como esa noche, en que a punto habían estado de hundir el teatro. Ojalá aprendiera a hacer eso algún día...

Empezó a llover un poco y todos se alegraron cuando llegaron de nuevo al Café de París. Tuvieron suerte y conquistaron una de las últimas mesas. Aurore, en un gesto de valentía, se quitó la

boina y se sujetó el pelo en la nuca con una cinta, confiando en que así tampoco la reconociera nadie. La gorra de terciopelo le daba demasiado calor.

—¿Cuál es tu opinión? —dijo Jules sacándola de sus pensamientos—. ¿Qué te ha parecido la obra?

—Me ha parecido maravillosa —se limitó a contestar mirándolos a todos. Con veintiséis años, ella era la mayor; casi todos sus amigos acababan de cumplir los veinte, menos Jules, que tenía diecinueve—. Y en cuanto a ese tal Bocage —añadió—, nunca he visto a un actor mejor.

—Te gusta, ¿eh? —dejó caer suavemente Jules.

—¡Ya lo creo! Y la Dorval me gusta igual. Una mujer extraordinaria.

En ese momento entró en el café un señor vestido con elegancia que, siguiendo la moda, lucía bigote y patillas. Mientras le daba el abrigo y el sombrero de copa a un camarero que se le acercó enseguida, paseó la mirada por las mesas.

—Ese es De Latouche —les susurró Alphonse a sus amigos, y alzó la mano a modo de saludo. El director del periódico lo reconoció, respondió inclinando un poco la cabeza y se dirigió hacia otra mesa.

—Al tal Bocage lo han echado del conservatorio —retomó Gustave el hilo, y pidió una ronda de absenta para todos. Era el único del grupo que procedía de una familia rica y le gustaba invitar a sus amigos.

—Sí, porque es de origen humilde —añadió Jules—. Su padre era tejedor de lienzo en Rouen. Bocage no podía permitirse pagar los honorarios y por eso tuvo que abandonar la clase de teatro.

—Eso es una vergüenza —se indignó Aurore—. Los artistas deberían ser juzgados por su talento, no por sus orígenes o su fortuna.

—Oigan esto, señores —sonó una voz grave y burlona a su espalda. Henri de Latouche se había acercado a ellos—. Entonces ¿le parece que el *conservatoire* debería dar becas a los pobres diablos?

—Si los pobres diablos tienen talento, desde luego que sí —respondió Aurore mientras Alphonse se apresuraba a acercarle una silla al director del periódico. De Latouche en efecto se sentó sin dejar de mirar atentamente a la joven—. Y no solo becas —siguió

esta, imperturbable—. Las academias deberían prestar más atención a las dotes de sus alumnos que a sus monederos o a sus relaciones personales. En el arte todos somos iguales...

—¿Solo en el arte? —la interrumpió el director, que hizo una seña al camarero para pedir una ronda.

—No, no solo en el arte. —Aurore vio de repente su imagen en un espejo; una figura delicada y de pelo negro entre unas espaldas anchas de hombres, y se preguntó si de Latouche ya la habría calado. Para su propio asombro, de pronto eso le era completamente indiferente. Alzó la vista y miró los ojos de color azul claro del director del periódico—. Todas las personas son iguales —continuó tan tranquila—. Venimos al mundo desnudos, y cuando morimos, todos llevamos la misma camisa. Dividir a las personas en pobres y ricos no es más que una arbitrariedad...

—¿Y en hombres y mujeres?

Aurore sonrió. Los ojos del director echaban chispas.

—Lo mismo digo —respondió ella—. Los hombres y las mujeres deberían tener los mismos derechos. Y también los campesinos y los terratenientes, los obreros y los dueños de las fábricas, los nobles y el pueblo llano.

—Esas ideas son un tanto atrevidas, mademoiselle —dijo De Latouche con una sonrisa.

—Madame —lo corrigió ella, y vio por el rabillo del ojo cómo Jules daba un respingo. Y, efectivamente, De Latouche alzó interesado las cejas. Parecía un pescador que cree ver un pez especialmente sabroso picando el anzuelo.

—¿Madame? Vaya, vaya... Pero no tiene razón —continuó—. Los hombres y las mujeres no son iguales, sino que presentan unas diferencias considerables. ¿O es que va a negarlo?

—Desde el punto de vista biológico se diferencian mucho —respondió ella con calma—. Claro que el hombre y la mujer son distintos. Pero esa no es una razón para que, ante la ley, las mujeres estén sometidas a los hombres.

—«Que la hembra se someta al varón» —citó De Latouche riendo sarcásticamente; parecía que la conversación lo divertía muchísimo.

—Me educaron en un convento —replicó Aurore imperturbable—. Me faltó poco para meterme a monja.

—Hubiera sido una pena.

—Eso mismo creo yo. Escondarse tras los muros de un convento para entregarse a la ilusión de una libertad espiritual no es una solución. Yo anhele la libertad en medio de la sociedad, no separada de ella. Ni más ni menos que la que tendría si fuera un hombre.

El camarero llegó con una bandeja llena de vasos en los que refulgía un vino dorado. Mientras los repartía, Jules intentó darle a entender a Aurore con la mirada que no se pasara de la raya; al menos así interpretó ella el gesto. Pero también le parecía que ya había ocultado su opinión durante demasiado tiempo. Y si al final iba a escribir para *Le Figaro*, él tenía que saber con quién estaba tratando.

—Bueno —dijo De Latouche alzando el vaso—, entonces vamos a ver si también sabe beber como un hombre.

Aurore brindó con él y confió en que el director no tuviera en mente que compitieran, pues odiaba el alcohol. Con un escalofrío recordó las bacanales que organizaban su marido y su hermanastro Hippolyte noche tras noche en su casa, en Nohant, y que sin duda seguían organizando. El alcoholismo de los dos y el ruido que armaban cuando se emborrachaban eran insoportables. Lanzó una mirada inquisitiva al director del periódico bajo sus pobladas pestañas, pero este se limitó a dar sorbitos del vaso y, sin apartar los ojos de ella, sacó un estuche de plata del bolsillo. Lo abrió y se lo tendió a Aurore. Dentro había, bien colocados sobre raso rojo, seis puros de los caros, de veinte centímetros.

—Los mismos derechos, las mismas costumbres —dijo mientras el bigote rubio le temblaba de regocijo.

Los ojos de todos se posaron en Aurore. Fumar puros era una de las últimas modas; los había de dos tamaños, los cortos y los largos. Su hermanastro había introducido aquella extravagante y costosa costumbre en Nohant, además de algunos otros disparates, y junto con Casimir llenaban la casa de un humo apestoso. Por pura obstinación, Aurore había fumado una noche con ellos poco antes de su viaje a París, y ahora eligió uno con el ademán de una experta. Como si nunca hubiera hecho otra cosa, arrancó de un mordisco el extremo redondeado, lo escupió al suelo, como hacían allí todos los fumadores, y se volvió hacia De Latouche, que la observaba fascinado.

—¿Tendría la amabilidad de darme fuego? —dijo con una voz aterciopelada con la que sabía que inquietaba a los hombres. Como por arte de magia, el director del periódico sacó una tira de cartón encerada del bolsillo de la chaqueta, la encendió con la vela y sostuvo la llama en la punta del cigarro. Ella dio una calada, fumó sin tragarse el humo hasta que el tabaco empezó a arder con un chisporroteo, expulsó unas nubecillas redondas de humo y tuvo que contenerse para no soltar una carcajada al ver las caras de asombro de sus amigos. Se cruzó cómodamente de piernas, se quitó una brizna de tabaco de la punta de la lengua y miró al director a los ojos.

—Las mismas costumbres —le dijo—, los mismos derechos. ¿Estamos de acuerdo?

—Madame, es usted en verdad asombrosa. Me ha dejado sin habla.

—Cuando la recupere, podría decir que no son las costumbres las que nos hacen iguales —continuó Aurore, y sus ojos negros lanzaron un destello—, sino la capacidad para pensar y sacar conclusiones atinadas.

—¿Y qué derechos reivindicaría si se le concediera la igualdad?

—La libertad —respondió ella a la velocidad del rayo—. Libertad de movimiento; de ahí esta ropa. Libertad para ir a cualquier sitio que me apetezca. Libertad para pensar y expresarme. Y por último, pero no por eso menos importante, la libertad para amar más allá de todas las diferencias de clase. Por cierto, ¿qué le ha parecido el estreno? Seguro que lo ha visto.

El hombre asintió con la cabeza y le preguntó:

—¿Qué opina usted al respecto? —Se reclinó en la silla y esperó la respuesta de Aurore con impaciencia.

—Me ha emocionado profundamente, tal vez porque reproduce una parte de mi propia historia familiar. Porque he de decirle, monsieur, que en mí se dan los mayores contrastes de nuestra sociedad. Mi padre era el biznieto del rey de Polonia; su abuelo era Moritz von Sachsen, de modo que, por su parte, corre sangre real por mis venas. Mi madre, en cambio, procede de una modesta familia parisina; su padre vendía pájaros y tenía las jaulas en el quai des Grands Augustins. La madre de mi padre, la

condesa de Saxe de Francueil, no estaba nada conforme con la elección que había hecho su hijo. Por esa razón, mi padre y mi madre se vieron obligados a casarse en secreto, y ya desde niña me convertí en mediadora entre esos dos frentes. Curiosamente, sin embargo, el árbol genealógico de mi madre responde por completo a las denominadas buenas costumbres, mientras que en la noble familia de mi padre se sucedieron los hijos bastardos. Y, a pesar de ello, alzaban sus ilegítimas narices por encima del pueblo llano solo porque su sangre supuestamente era más valiosa que la de los simples ciudadanos. Pero volviendo a la obra de Dumas, el amor no conoce las barreras inventadas por los hombres. El amor es el verdadero hijo de la revolución, pues derriba todas las barricadas. En el amor y en el odio todas las personas somos iguales.

A esas palabras les siguió el silencio, y Aurore se dedicó de nuevo a fumar para que el rescoldo no se apagara. El fuerte sabor del puro le quemaba en la lengua y, sin embargo, era agradable el contacto de los labios con las coriáceas hojas del tabaco, así como acumular el humo en la boca y volver a expulsarlo, mientras contemplaba con los párpados medio cerrados las caras de extrañeza de sus compañeros.

«El amor —pensó Aurore, y tiró la ceniza al suelo—. Como si yo lo hubiera experimentado realmente...» Con Jules estaba viviendo una tierna primavera amorosa, y le sentaba bien. Y, sin embargo, sentía el anhelo de amar mucho más apasionadamente, de incendiarse en vivas y crepitantes llamaradas. Ojalá llegara ese momento y encontrara a la persona adecuada...

—Vaya, vaya —dijo Henri de Latouche, y asintió como si ahora lo tuviera todo claro—. Ahora ya sé quién es usted, baronesa Dudevant. Su padre y el mío eran amigos; seguro que nosotros dos hemos coincidido alguna vez en la casa de Berry, pero usted todavía era muy pequeña. Bueno, en fin... Desde luego tiene el don de la palabra —añadió pensativo—. ¿Sabe también escribir?

—Desde que cumplí cuatro años —respondió ella.

De Latouche se echó a reír y meneó la cabeza entre divertido y enfadado.

—Tendré que bajarle un poco los humos —dijo—. Pero nos las arreglaremos. Venga mañana a la redacción. Ese joven amigo suyo sabe dónde puede encontrarme.

AL CABO DE muchas horas, Aurore estaba tumbada en brazos de Jules, a quien la magnífica actuación de ella como «estudiante universitario» le había desatado la pasión. Habían hecho el amor mejor que nunca. Él llevaba ya mucho tiempo dormido, pero ella seguía despierta pensando en la historia de Antony y Adèle, y en la imposibilidad de un final feliz. Pero lo que más conmovía a Aurore era el hecho de que la protagonista, por su hija, no encontrara ninguna otra salida que morir a manos de su amante para no arruinar el futuro de la niña. La propia Adèle sí habría podido soportar el aislamiento social, pero a su hija quería ahorrarle la vergüenza.

¿Y cuál era su propia situación? Al fin y al cabo, ella también tenía una hija. El giro que le había dado a su existencia, ¿arruinaría el futuro de Solange? ¿Estaba justificado su deseo de llevar una vida independiente como artista? ¿Y qué pasaba con su pequeño Maurice?

Echaba tanto de menos a sus hijos que el corazón se le encogió. La razón le decía que su hijo, que pronto cumpliría ocho años, se encontraba bien bajo la protección de su tutor, una persona amable e inteligente que le escribía casi a diario. Pero ¿podía él sustituir el amor de una madre? No, desde luego que no. ¿Compensaba su nueva vida ese sacrificio?

En cuanto le fuera posible, se traería a París a la pequeña Solange; eso se lo había jurado a sí misma. A su hija no debía pasarle lo que le había pasado a Aurore a la misma edad. Demasiado bien recordaba la desesperación de haber sido abandonada por su madre después de que su padre sufriera un accidente mortal. Recogida por su abuela en la finca de Berry, durante años había abrigado la esperanza de que su madre, en una de las visitas demasiado escasas que le hacía, se la llevara por fin a París con ella.

Porque Sophie, la hija del pajarero y el gran amor de su padre, la bella Sophie se lo había prometido cientos de veces, pero nunca lo había cumplido. A esas alturas, Aurore ya sabía que su madre no podía hacer otra cosa, pues su abuela la había amenazado con

reducirle el sustento económico y tuvo que privar a Aurore de su influencia. Pensándolo bien, su madre la había puesto en manos de la abuela a cambio de una pensión anual más elevada. Y aunque Aurore albergaba profundos sentimientos hacia la anciana y todavía hoy, diez años después de su muerte, la echaba mucho de menos, el amor no se podía comprar. Un niño tenía que estar con su madre. Una abuela no podía desempeñar ese papel. Y mucho menos una niñera.

Aurore suspiró profundamente y se zafó del abrazo de Jules con suavidad. Tenía que encontrar sin falta una manera de ganar suficiente dinero, porque quería las dos cosas: tener a su hija consigo y ser independiente. Solange debía criarse adquiriendo seguridad en sí misma y aprendiendo desde pequeña que ella valía exactamente lo mismo que su hermano. Aurore se tomaba muy en serio la igualdad entre el hombre y la mujer, y sabía que ahí no solo intervenían los derechos, sino también las obligaciones. Había abandonado por propia voluntad a su marido y la finca que ella había heredado a la muerte de su abuela. Tres meses en casa y tres meses en París: ese era el acuerdo al que había llegado con Casimir después de arduas peleas. Hacía pocas semanas que había llegado a la ciudad con Jules. Podía darse con un canto en los dientes si su marido cumplía su palabra. En virtud del matrimonio, todas las posesiones de Aurore habían pasado a ser de su marido, lo que suponía una más entre tantas injusticias. ¿Por qué una mujer al contraer matrimonio perdía automáticamente todas sus propiedades, que pasaban a pertenecer al esposo? Para que ella siguiera dependiendo de él durante toda su vida, ese era el verdadero motivo. Casimir se consideraba el amo de Nohant, pero sobre eso todavía no se había pronunciado la última palabra. Antes necesitaba descansar urgentemente de todas esas lamentables discusiones, pues solo de pensar en las canalladas que había tenido que soportar durante su matrimonio le quemaba la sangre.

La luna llena se reflejaba en la ventana y durante un rato se quedó contemplando cómo dormía Jules. Pese a la barba que imponía la moda, seguía pareciendo un adolescente. Le entró una oleada de ternura. Luego ya no aguantó más en la cama y se levantó sin hacer ruido. En la mansarda hacía un frío glacial; le habría

gustado prepararse un té, pero no quería despertar a Jules. Bebió un vaso de agua para quitarse el sabor todavía ardiente del puro en la boca, y como hacía tanto frío, se volvió a poner los pantalones de hombre y, por encima, el camisón y una toquilla de lana. Era demasiado friolera. Se quedó unos minutos de pie junto a la ventana y observó la luna, que teñía de una luz plateada los tejados de París y, más al fondo, en la Île de la Cité, las dos torres de la catedral de Notre Dame. Abajo, en la calle, unos cuantos estudiantes borrachos reían y alborotaban; unos noctámbulos con linternas salían del bar que había justo enfrente, en diagonal, y se llevaban la fluctuante luz en dirección al Sena.

París no dormía nunca, por eso le gustaba tanto. Porque también ella padecía insomnio desde su primera juventud, sobre todo desde las guardias nocturnas que había tenido que hacer junto al lecho de su abuela moribunda. En aquella época, en lugar de dormir, ensillaba a su yegua *Colette* y se ponía a galopar como una loca por los campos durante dos o tres horas. Eso le gustaría poder hacerlo allí también. ¿Qué habría sido de *Colette*?

Como en París no tenía caballo, encendió sin hacer ruido la lámpara de queroseno, la bajó de intensidad para no molestar a Jules y se sentó junto al secreter. Cogió una hoja de papel nueva del montón y abrió el tintero para escribir una carta a sus hijos. Luego sacó del cajón la carpeta con los manuscritos.

Revisó pensativa las páginas escritas con letra apretada que todavía no habían visto la luz del día porque siempre las sacaba solo durante las noches de insomnio. Se trataba de un relato titulado *La fille d'Albano*, en el que una joven se veía obligada a elegir entre el matrimonio y una vida como artista.

Pero ¿acaso el problema no era que siempre había que elegir entre una existencia burguesa y una artística, tanto si se era hombre como mujer? ¿Por qué la libertad iba siempre emparejada con la inseguridad, con una situación confusa y próxima al abismo? ¿Lograría ella vivir algún día del arte y ofrecerles a sus hijos una seguridad económica, una buena educación y todo lo que eso acarrearía?

Volvió a meter el relato en la carpeta y sacó otro montón, el borrador de una novela. En esta quería cuestionar los papeles clásicos

que la sociedad imponía a una mujer: Blanche tenía que entrar en el convento, mientras que a la comedianta Rose, como hija de una alcahueta, la esperaba una vida de prostituta. También los hombres que se enamoraban de ellas proyectarían sus propias fantasías en aquellas dos mujeres jóvenes. ¿Era posible el amor auténtico en determinadas circunstancias? Esa era la gran pregunta que tanto inquietaba a Aurore. En su novela quería que los distintos personajes se enfrentaran unos a otros como en un experimento, pues cualquier decisión en favor de algo excluía la posibilidad de vivir de otra manera. ¿Acaso no era ese el verdadero drama de la vida?

Había conseguido escribir cincuenta páginas en tres noches. Todo le había salido de la manera más natural, pero luego el valor la había abandonado. Escribir una novela le recordaba a la construcción de un complejo edificio: si uno no se esmeraba, al final se derribaba todo el conjunto. ¿O es que tenía demasiados escrúpulos y simplemente debía seguir escribiendo y confiar en que al final todo encajaría?

Aurore volvió a recoger todo lo del secreter con un suspiro. Durante los dos años anteriores ya había escrito dos novelas enteras de esa manera y, al final, las había arrojado a las llamas. Porque la idea que al principio parecía tan fascinante y tornasolada, al final no había sido capaz de sostener el edificio. Porque los personajes habían resultado descoloridos y artificiales, precisamente como en un experimento. La vida, en cambio, no era un experimento. Entonces ¿qué era? ¿Cuál sería el secreto del «Antony» de Alejandro Dumas?, ¿por qué sus personajes estaban tan vivos y eran tan auténticos?

Aurore se levantó y se ajustó más la toquilla. Se sirvió un vaso de leche y se concedió un *macaron* casero de la lata abollada que su madre le había llevado en la última visita. Aurore se los dosificaba mucho; a Sophie no solía apetecerle mimarla de ese modo y casi siempre encontraba algún motivo para pelearse con ella. Por eso Aurore valoraba tanto esas sencillas galletas de almendra, que siempre asociaría con la infancia, la sensación de seguridad y el amor.

Pensó en su padre, que, a diferencia de Adèle en la obra de Dumas, había seguido el impulso de su corazón y se había casado

con una mujer que, según la opinión de los demás, no estaba a su altura. «Si no lo hubiera hecho, yo no habría nacido», reflexionó. ¿Podía eso ser una casualidad? Como hija de un amor rebelde, ¿no estaba obligada a continuar con aquella lucha?

Accedería a la invitación del excéntrico director del periódico. Tal vez Jules tenía razón cuando decía que el camino hacia la independencia artística pasaba por la redacción de De Latouche. En cualquier caso, al día siguiente no se presentaría allí con las manos vacías.

Con decisión, sacó del cajón otra hoja de papel y volvió a sentarse junto al secreter. Como prueba de su talento le llevaría a De Latouche una reseña del estreno teatral de la víspera. Después de concentrarse un momento, su pluma parecía que volaba por el papel.